

embajadores residentes á las cortes de sus mismos aliados: "Los emperadores otomanos, escribe *d'Arvieux* á Luis XIV, reciben agradablemente á los representantes que les envían los príncipes cristianos con tal que les lleven regalos y que reputen ventajosas para ellos las proposiciones que se les hacen: tienen vanidad singular en ser solicitados de todas partes y en no dirigirse á nadie pidiendo su amistad., Aquello era más que vanidad, era pretension al imperio del mundo, y los presentes ofrecidos por los embajadores eran considerados como un tributo igual que los siervos pagan á su señor. Por efecto de ese orgullo asiático, los Turcos todavía en el siglo XVI no trataban de igual á igual con los cristianos; á sus ojos, los tratados no eran contratos, sino órdenes emanadas del sultan; por eso no se creían ligados por las convenciones que firmaban, y las revocaban, las restringían ó las ampliaban á su capriche. Los sultanes redoblaban el orgullo con el príncipe de Occidente que tenía de ser como ellos el señor del mundo; hasta el siglo XVII negaron el título de emperador á los Césares de Alemania, y las treguas que se dignaban consentir estaban concebidas en estos despreciativos términos: "Concedida graciosamente por el sultan, siempre victorioso, al rey infiel de Viena, siempre vencido., (1). Los Turcos tenían alguna razón para afectar ese insolente desprecio, porque fué siempre el jefe de la cristiandad el que solicitó la paz de los Bárbaros de Oriente, y para obtenerla no omitió oferta ni retrocedió ante humillación alguna.

Oígame, por de pronto, á Carlos V; en 1524 escribe á su hermano Fernando: "Ya sabeis, y á todos es notorio, que mi deseo constante ha sido el de mantener la paz entre los príncipes cristianos. Todo lo que yo he hecho y hago al presente no tiene más objeto que el de conseguir esa paz, á fin de que las fuerzas de los cristianos puedan unirse, no sólo para rechazar á los Turcos, sino para hacerles la guerra y extender la religion cristiana., (2). Carlos V tenía razón en decir que sus designios eran notorios, porque hablaba de ellos en todas sus negociaciones y en todas decía que ansiaba la paz universal "para dirigir mejor las fuer-

zas comunes contra los infieles., (1). Diríase al oír al emperador que estaba animado del celo que inspiró las cruzadas. Después del asalto y posesión de Roma, escribe que, si se alegra de aquella victoria, es porque espera que resultarán de ella dos grandes beneficios para la cristiandad, la paz, por de pronto, y después el restablecimiento de la unidad cristiana: "El colmo de sus deseos sería, dice, el emprender una expedición contra los infieles en servicio de Dios y en acción de gracias por todas las victorias que le ha concedido, no teniendo palabras para expresar lo grande que es su deseo de realizar tal proyecto., (2). La guerra santa era el asunto habitual de sus conversaciones: "Su dicha más grande sería la de exponer su vida en una expedición contra los Turcos; y si en ella perdiese la vida, moriría por Jesucristo y ganaría el cielo; pero si quedase vencedor, extendería el imperio de la cristiandad hasta sus antiguos límites y adquiriría una gloria eterna., La vivacidad con que expresaba estos deseos demuestra, añade el enviado veneciano, que aquel pensamiento del emperador era sincero y formaba una verdadera pasión (3). Fernando de Austria, el hermano de Carlos V, manifestaba el mismo celo: en 1529 dirigió un manifiesto á la cristiandad para llamarla á las armas contra los Turcos, y pidió subsidios á todos los que veneraban el nombre de Cristo, esperando que con su apoyo libertaría el sepulcro del Salvador (4). Hasta aquí las palabras; veamos ahora los actos.

Un año antes de que Fernando de Austria llamase la cristiandad á las armas contra los infieles, envió una embajada á Constantinopla y propuso á los Turcos que evacuaran la Hungría, prometiéndoles una indemnización pecuniaria por las ciudades que entonces ocupaban. Esta oferta de comprar á los infieles la evacuación de la Hungría dista mucho del heroísmo de las guerras santas. El recibimiento que tuvieron los embajadores y las contestaciones que recibieron nos revelan las relaciones que existían entre Viena y Constantinopla. Ibrahim-Pachá preguntó á los enviados de Fernando "si ignoraban que toda tierra, una vez pisada por el caballo de un sultan, quedaba perpetua-

(1) Instrucciones dadas por el emperador á su enviado en Inglaterra, 1524 (BUCHHOLTZ, *Geschichte Ferdinands II*, t. II, p. 502).

(2) BUCHHOLTZ, *Geschichte Ferdinands*, tomo III, pág. 98 y siguientes.

(3) TIEPOLO, *Relazione*, 1532 (ALBERI, I, I, p. 139).

(4) BUCHHOLTZ, *Geschichte Ferdinands*, t. II, p. 264-266.

mente de su propiedad. ¿Cómo se atrevían á hacer al jefe de los creyentes la propuesta de que abandonase ciudades conquistadas? Tanto valdría exigir que cediese á Constantinopla. Soliman respondió que iría él mismo á la cabeza de su ejército á restituir personalmente á Fernando las fortalezas que le reclamaba., (1). El sultan cumplió su palabra y dejó pronto á Constantinopla seguido de 250.000 hombres. Entonces fué cuando Fernando dirigió su manifiesto guerrero á la cristiandad. La Alemania, amenazada directamente, se conmovió, y todas las fuerzas del imperio se dirigieron hacia Viena. ¿Qué hizo el archiduque de Austria? En vez de ponerse al frente del ejército á reconquistar el sepulcro de Cristo, tuvo por más prudente mendigar la paz. Una nueva embajada tomó el camino de Constantinopla con el encargo de obtener una tregua de diez años; y el hermano de Carlos V ofreció pagar un tributo anual al sultan, bajo el nombre de pensión, y autorizó á sus enviados para comprar la protección de Ibrahim-Pachá por medio de otra pensión. Por de contado que no fueron admitidos los embajadores ni aun para hacer tan humillantes ofertas; el sultan estaba en marcha, y los destinos de la Europa debían decidirse ante los muros de Viena (2).

El valor de los Alemanes y la incapacidad de los Turcos hicieron fracasar el sitio de Viena. Soliman tuvo que renunciar á los proyectos gigantes que había formado al salir de Constantinopla; ¿no era aquella una ocasión providencial para que Carlos V y Fernando realizasen los designios tan frecuentemente anunciados? Existe la correspondencia de los dos hermanos, y en ella se ve que, lejos de que el éxito les animara, rivalizan en prudencia, íbamos á decir que en cobardía. En un solo punto están de acuerdo, y es en que, á pesar de la victoria de Viena, se debe solicitar una paz ó una tregua; no difieren más que sobre los medios de obtenerla. El emperador, después de haber hecho alarde de su celo por la guerra santa, no se atrevía á tratar abiertamente, temiendo los reproches de aquellos á quienes había llamado á las armas y habían respondido á su llamamiento (3); ni

quería que se tratase con los Turcos por medio de embajadores, sino secretamente, á fin de salvar las apariencias. Fernando no tenía esas susceptibilidades de amor propio, y era de opinión que se debía enviar una embajada solemne á Constantinopla para comprar la paz mediante una pensión. Así es que fué el vencedor el que imploró la paz, y el vencido se mostró más insolente que nunca. Ibrahim-Pachá, al recibir á los diputados del de Austria, rehusó darle el título de rey y le llamó Fernando á secas; en cuanto á Carlos V, á los ojos del omnipotente visir no era más que rey de España: "¿Quién es ese rey de Hungría de que hablan los embajadores de Fernando? No hay más señor de la Hungría que el sultan. ¿Ó es que hay algún otro reino del mismo nombre por casualidad?., Soliman no se dignó ni aun dirigir la palabra á los enviados austriacos. Las ofertas de una pensión anual de 100.000 ducados fueron recibidas con desprecio; el pachá les dijo que las Siete Torres estaban llenas de oro y de plata. Fernando no sacó de su embajada más que la vergüenza de haber hecho proposiciones indignas de un rey de Alemania, y todavía más indignas de un vencedor (1).

¿Por qué Carlos V y su hermano mostraron tanta pusilanimidad? El emperador dice en la carta que escribe á Fernando que "sus fuerzas no son suficientes para oponerse á potencia tan grande., Y en cuanto al apoyo de los demás príncipes cristianos, dice que no hay que contar con él, porque prefieren su interés al de la cristiandad, y combatiendo á los Turcos temen aumentar el poder de la Casa de Austria (2). Carlos V tenía razón en esta parte; pero no veía que él mismo hacía otro tanto, poniendo su interés por cima del servicio de Dios. Su confesor le hizo muchas veces fuertes cargos sobre ello en su nombre y en el del papa (3). Los historiadores de la Iglesia le acriminaron también por lo mismo: "Quería más, dice *Raynaldi*, pelear contra Francisco I que contra los infieles., (4). Hasta su tía Margarita le escribe en 1529 "que su honor exige el que se ponga á la cabeza de un

Turcos, os he aconsejado á dar esos pasos, siendo el emperador." Carta de Carlos V á su hermano, en 11 de Enero de 1530, véase LANZ, *Correspond.*, t. I, p. 361-363.

(1) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, tomo II, páginas 698-700.

(2) Carta antes citada de Carlos V á su hermano.

(3) HEINE, *Briefe an Kaiser Karl von seinen Beichtvater*, páginas 233, 253, 264, 274.

(4) RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1543, núm. 41 y siguientes.

(1) LAVALÉE, *Relaciones de la Francia con el Oriente (Revue Indépendante)*, t. X, p. 480, notas 1 y 2.

(2) LANZ, *Correspondenz des Kaisers Karl V*, t. I, p. 81.

ejército que marche contra los infieles, no sólo para socorrer á su hermano y rechazar al Turco, sino para perseguirle y extender los dominios del cristianismo, lo cual sería para él de mucho más honor y mérito que el entretenerse en recobrar algunas ciudades de Italia,, (1). Pero no era esa la opinion del emperador, el cual prefería una ciudad ganada en Italia á conquistas inciertas sobre los Turcos: era un hombre de cálculo más que un hombre de fe.

El mal éxito de sus enviados no desalentó á Fernando. En 1531 nos hallamos con otra nueva embajada austriaca en Constantinopla haciendo al sultan proposiciones todavía más humillantes que las que acabamos de referir; el rey se contentaba con la tregua de un año, y ofrecía un tributo bajo el nombre de pension hasta por la parte de la Hungría que conservaba en su poder. Hay que perdonar esa vergüenza á Fernando, que se veía imposibilitado de resistir á los Turcos y á punto de perder toda la Hungría; el imperdonable era Carlos V, el cual excitó y empeñó á su hermano á que pidiese á toda costa la paz. ¿Dónde se había ido el santo celo del emperador por la guerra santa? Estaba ocupado, de concierto con el papa, en someter á Florencia al yugo de los Médicis, y la destrucción de la libertad italiana le interesaba más que el libertar el sepulcro de Jesucristo. Carlos V alimentaba designios más vastos: quería restablecer la unidad cristiana destruyendo la Reforma en Alemania, lo cual le hubiera hecho dueño absoluto del imperio. Para esto necesitaba la paz con Soliman, porque, en los designios de Dios, el sultan era el apoyo de los reformadores. Carlos V no podía pensar en combatir el protestantismo mientras que tuviese necesidad de los príncipes protestantes para combatir á los Turcos. Hé ahí por qué el emperador puso tanto empeño en obtener la paz, ó por lo ménos una tregua. Pero Soliman rehusó la una y la otra, y significó fieramente á Carlos V que iba á buscarle á fin de que el rey de España pudiera ejecutar más fácilmente el proyecto de que hacía tanto tiempo venía hablando á la cristiandad: "Si Carlos V quiere batir á los Turcos, le dijo, que venga, y si no que pague tributo al jefe de los creyentes,, (2).

(1) Carta de Margarita á Carlos V, 2 de Octubre de 1529. (LANZ, *Corresp.*, t. I, p. 316).

(2) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, t. II, páginas 723-730.

La expedición de Soliman fracasó; pero el emperador no hizo nada por su parte para ello, con gran escándalo de la cristiandad. Andres Doria, el héroe genoves, salvó el honor del nombre cristiano, obteniendo algunas ventajas en sus batallas navales que hicieron más tratable á la Puerta. Por la primera vez se dignó el sultan enviar un plenipotenciario á Viena para arreglar los preliminares de la paz, y el tratado se concluyó; pero Soliman se negó á comprender en él á Carlos V, diciendo á su secretario, *Cornelius Schepper*, que si quería su señor la paz, fuese él mismo á negociarla á Constantinopla (1). En 1534, el emperador y su hermano encomendaron sus intereses á Schepper (2); pero las negociaciones de éste no tuvieron éxito; Soliman se mostró más intratable que nunca; conocía perfectamente la debilidad de los príncipes cristianos merced á la alianza que tenía con Francisco I. ¡Especáculo inaudito! Las armas de los infieles y las del rey cristianísimo iban á unirse contra el emperador, que era el defensor de la Iglesia. Carlos V reprochó amargamente al rey de Francia aquella especie de apostasía, lo cual no era obstáculo para que los príncipes de la Casa de Austria fuesen cada año á mendigar en Constantinopla una paz ó una tregua. Los negociadores acabaron por cansarse del papel humillante que representaban, y uno de ellos escribió en 1537 á Fernando I: "Considere Vuestra Majestad las respuestas que los Turcos han dado á sus proposiciones, y se convencerá de que no se deben enviar embajadores á Constantinopla, para que sirvan de irrisión á los Bárbaros, sino ejércitos para que venguen los insultos que se nos prodigan,, (3).

La paz privada en 1533 no fué ni aun una tregua; las hostilidades no cesaron un instante en Hungría, siendo, por lo general, batidas las tropas de Fernando. ¿Qué le quedaba que hacer sino recurrir otra vez á la vía de las negociaciones, viendo que avanzaban los Bárbaros? Pero cuanto más se apresuraba para obtener la paz, más revelaba su flaqueza, y de ello se aprovechaban los Turcos para aumentar sus exigencias. En 1540 llevó el sultan al embajador á las Siete Torres; y despues declaró

(1) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, tomo II, páginas 738-746.

(2) *Mision diplomática* de CORNELIUS DE SCHEPPER, por M. DE SAINT-GENOIS Y ISSEL DE SCHEPPER, 1856.

(3) *Informe del señor de Sprinzenstein á Fernando I* (ZINKEISEN, t. II, p. 828).

la guerra á Fernando en un manifiesto insultante: "La Hungría me pertenece; mi derecho es tan claro como la luz del sol: ¿por qué enviais á ella vuestros ejércitos? Yo creo que tratais de arruinar la cristiandad. Pues que se cumpla la voluntad de Dios,, Despues de muchos años de una guerra funesta para el Austria se decidió Fernando á implorar la paz; y obligado su embajador á negociar la desde la prisión, tuvo que contentarse con una tregua que compró á gran precio. El rey cedió á Soliman todas las plazas ganadas por los Turcos y se obligó á pagar un tributo para el nombre de donativo anual por la parte de la Hungría que graciosamente se le dejaba. El vencedor se dignó permitir al vencido que tuviese un ministro residente en Constantinopla. El emperador fué comprendido en la tregua; pero ésta no se convirtió en paz hasta la segunda mitad del siglo XVI. Por el tratado de 1567 quedaron los embajadores del emperador en el mismo lugar que los de los demas príncipes cristianos, estipulándose que no pudieran ser presos en caso de guerra; mas todavía continuó el jefe temporal de la cristiandad siendo tributario del sultan (1).

Que se comparen esas vergonzosas transacciones con el lenguaje de Carlos V, y se verá que el contraste no puede ser más patente. El emperador dice, á quien le quiere oír, que arde en deseos de combatir á los infieles y de extender el reino de Cristo; esas fanfarronadas españolas resuenan hasta en Constantinopla; el sultan desafía á su rival y le cita para el campo de batalla. Carlos V permanece sordo á este reto, y negocia una y cien veces mendigando la paz, y compra tregua y acaba por hacerse tributario de aquellos mismos á quienes quería arrojar de la Europa. Hé aquí cómo la Casa de Austria salvó á la cristiandad. Lo que impidió que la Europa cayese bajo el yugo otomano fué la decadencia de la Turquía; y esa decadencia es un castigo de los vicios que inficionan á toda monarquía universal. Fué aquélla más rápida entre los Turcos, porque en ninguna parte se esgrimió con más furor que allí el azote del despotismo.

#### N.º 3.—Francisco I y los infieles.

El emperador era el defensor de la cristiandad contra los infieles; de ahí el lenguaje de Carlos V

(1) ZINKEISEN, en RAUMER, *Historisches Taschenbuch*, 1856, páginas 649-670.

y su anhelo por la guerra santa. En esa tarea tradicional, aquel emperador no se apercibió de que la tradición cristiana se iba borrando, de que la unidad de la Edad Media desaparecía y de que todos los esfuerzos para restablecerla eran vanos. Sin embargo, él mismo es una prueba viva de la inanidad de toda pretension encaminada á sostener lo que está condenado á desaparecer y de resucitar lo que está muerto; quiere reconstituir el imperio, y fracasa; quiere atraer á los protestantes al seno de la Iglesia, y se frustra su intento; quiere arrojar de la Europa á los infieles, y fracasa todavía más ignominiosamente, hasta el punto de que se puede cuestionar si pensó ó no seriamente en los designios que á toda hora propalaba. La guerra contra los infieles era un inmenso anacronismo, como si la cristiandad tuviese aún aquel odio vigoroso á los sectarios de Mahoma que provocó las cruzadas; como si los cristianos tuviesen todavía aquel ciego entusiasmo que en el siglo XI armó sus brazos para reconquistar un sepulcro. Y la verdad era que aquel entusiasmo y aquel odio se hallaban ya muy distantes de los sentimientos del siglo XVI. Por lo tanto, la unidad cristiana, tal como se había formado en la Edad Media, ya no tenía razon de ser; realmente sólo existía en apariencia, y Francisco I va á darle el golpe de gracia.

Llevaba ese rey el nombre glorioso de rey cristianísimo y ambicionaba la fama de rey caballero, títulos que le imponían la obligacion de mantener la unidad cristiana no ménos que Carlos V. Si hubieran de creerse sus declaraciones oficiales, ardía en deseos como su rival de pelear con los infieles. En 1516 escribe á Leon X: "Ya sabeis que desde mi infancia no he tenido más que una ambicion, la de que la paz entre los príncipes cristianos les permitiese unirse contra los Turcos y contra todos los enemigos de la fe católica... Necesito probar que no en vano llevo el título de rey cristianísimo; yo verteré mi sangre con gozo por Jesucristo,, (1). No tardó en establecerse la lucha por la corona imperial; la Alemania, continuamente amenazada por las armas otomanas, quería tener á su frente un príncipe capaz de defenderla; Francisco I juró que tres años despues de la eleccion ocuparía á Constantinopla ó estaría muerto (2). Pocos años despues,

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con Levante*, t. I, páginas 16-18.

(2) MIGNET, *Rivalidad de Francisco I y Carlos V*.